

Homenaje a Fritz Lang

(1890-1976)

Por Alfredo Cardona Peña

I

Cuando éramos niños las películas mudas
parpadeaban danzando en fuegos fatuos,
y ahora sus recuerdos acuden a nosotros,
frágiles, como castillos que se trastornaron.
Verlas hoy es un ilusionista jarrón de magia
contaminante, una curva de espejos, algo
como una orgía de ancianos o de Lázaros
que se elevan y corren envueltos en pantallas.
Fritz Lang, Friedrich Murnau, Wilhelm Pabst,
maestros del expresionismo alemán, nos hechizaron
con cejas taciturnas y labios de amapolas.
Lo que más nos impresiona de este arte sin muerte
es que todo murió de lo que vemos. En Fritz Lang
lo fallecido respira con amor. Y temblamos.

II

Sí, temblamos ante esas muchedumbres
de Fritz Lang no existiendo y mirándonos,
bellas pestañas abanicándose ante nosotros,
ay, y calles con edificios que cayeron en naipes.
El pueblo, allí, riendo y tomando cerveza,
besando a novias que se murieron pacíficamente,
muchachos con problemas de dinero, sin trajes,
como ahora... y años después la tempestad, el fuego,
una hemorragia empapando germanias que tenían
globos y crisantemos, domingos, espectáculos.
Ni libros ni conferencias ni carteles,
nada puede compararse a la belleza pánica
de esos filmes contando manzanas cotidianas.
Cerrremos los ojos para contemplarlos mejor.

III

A la ciencia ficción, al surrealismo, a todos los idiomas que tienen más de cinco sentidos en el cine, Fritz Lang dio rutas, focos, instrumentos. Contemplamos catedrales riquísimas en mantos de Wagner o de Goethe alzando oros flamígeros, anillos de neblinas, vértigos, Faustos, golems. Con escenas pobladas de cíclopes y orquídeas, con criaturas que amando a la ilusión encienden rojos atardeceres esperando a un amante se levantan los arcos de la muerte y la vida, se atraviesan encantos hipnotizando fines. El "había una vez" firma sus claroscuros y la cinta descubre lo perpetuo. Entonces va moviendo la cámara su luz en las tinieblas.

IV

Pero el realismo puro de los dedos que tallan ventanales, hacen camisas, lentes en una sociedad para obreros con sus frutas y entierros donde lloran Leonardas, forman el leitmotiv de lámparas cuyas obras, surgidas del trabajo, nacieron antes del monstruo. Manantiales de lo que construyó una clase media ajena al poderío del oprobio transitan por los ojos de Lang, cuyas manos rodantes van poniendo en la historia sus retratos: tesoros de costumbres, madres gloriosas, cuartos con amores. Mas el prodigio, todo, fue degollado en sangre. Por eso nos ahogan estos filmes. ♦